

CUENTO N° 87

TÍTULO: MI MUÑECA DE TARRO

SEUDÓNIMO: GEMELA

AUTOR: ADRIANA ISABEL LEIVA CONCHA

MI MUÑECA DE TARRO

Había una vez una niña muy tímida de trenzas largas que no le gustaban, las odiaba. Esa era yo. Elena.

Mi padre decía que sus tres hijas deberían llevar el pelo muy largo y como era muy estricto lo que decía era una orden y había que respetarlo.

Éramos tres mujeres y dos varones. Julia, mi hermana mayor, tenía diez años más de diferencia conmigo, entonces para mí era como mi mamá, porque me cuidaba y me protegía. Silvia, un año menor que yo, era la regalona de mi padre, quien manifestaba cierta diferencia en su notable preferencia. Pero eso a mí nunca me importó porque era muy buena hermana y jugábamos de igual a igual. Humberto, que venía después de Julia tenía mucho más afinidad y complicidad con Julia que con el resto de los hermanos y por último Enrique el hermano menor y mi preferido. Me encantaba dormir con él, porque era muy calentito y cuando hacía mucho frío, nos lo peleábamos con mis hermanas.

Mi mamá era muy trabajadora y éramos muy humildes, se movía por todos lados, fregando ollas, haciendo el aseo, yendo a comprar a la feria, lavaba nuestra ropa en una gran artesa, organizaba el almuerzo etc. Como éramos muchos, con lo que trabajaba mi papá en la Municipalidad no alcanzaba, así es que decidieron poner una lavandería en un barrio donde vivía gente de plata.

Era el año 1936 y en la calle Echaurren arrendaron una enorme casa que tenía dos grandes patios, uno para tender la ropa y otro para nosotros, ahí jugábamos.

Me encantaba hacerme amiga de las lavanderas y veía como planchaban los cuellos de las camisas que quedaban albos y tiesos con las planchas de fierro que se calentaban en un gran brasero. Una de ellas, la Virginia, era una viejita linda con su moño canoso y bien pintadita. Me invitaba a comer conejo y le cantaba feliz camino a su casa. Teresita Trejo quien era planchadora, también la conquistaba y me invitaba a comer. Ahí, me aseguraba almuerzos muy sabrosos.

En el patio había un enorme parrón con sabrosas uvas, mi papá tenía el trabajo forzado de defender las uvas de los zorzales, por lo cual fabricó decenas de

cambuchos de papel de diario y los puso para protegerlos en cada racimo de estos golosos pajaritos. Cuando llegó el momento de la gran cosecha, mi papá montado en una escalera, sacando los cambuchos uno a uno y con asombrado descubrimiento, no había ningún gajo, sólo los racimos, mi hermano Enrique poco a poco se los fue comiendo.

Las cosas en mi casa se empezaron a poner feas. La lavandería no estaba dando lo que debería, se gastaba más de lo que recibía. Eran en total doce operarias, seis lavanderas y seis planchadoras.

Mi papa decidió en consecuencia, enviarme donde mi Madrina, habló con ella y Pedro, quién era mi Padrino. Fue la peor noticia que me pudieran haber dado. Ella era una mujer muy fría, no tenían hijos, pero tenían una buena situación económica. Para mí fue el peor castigo que me pudieron dar.

Siempre me pregunté por qué yo.

Cada viernes mi abuelito me iba a dejar y cada domingo esperaba con ansias la llegada de él para mi regreso a casa, nos íbamos caminando, era una gran caminata. Ellos vivían cerca de Quinta Normal y nuestra casa quedaba en Echaurren.

Cuando ya se acercaba el día, me puse a escarbar y mire rápidamente que podía llevar para no echar tanto de menos. Como se acercaba ya la hora y no tenía ninguna muñeca, agarre un tarro de conserva que había en la cocina, lo tome lo lavé, le saqué el papel y dije: “esta será mi muñeca y me acompañará mientras esté allá”. Le levanté la tapa y quedó perfecta su cabeza, las ranuras que quedaban al abrir el tarro sería su corona. Ese día me fui feliz. La envolví con un chaleco e imaginé que las mangas eran sus brazos.

Y así fue mi hija, mi amiga mi dulce compañía y lograba llenar mi triste soledad de no estar con mi mamá y mis hermanos.

Jugábamos al luce, a la escondida en la pieza donde dormía. Era mi máspreciado secreto, la peinaba le arreglaba su pelo y le daba un poco de mi pan con mermelada.

Un domingo cuando ya se acercaba el momento de irme, la envolví en el chaleco, para que nadie notara lo que llevaba. Llego por fin mi abuelito, nos despedimos y salimos rumbo a mi casa. ¡Oh, qué felicidad caminar todas esas cuadras para llegar a mi hogar, por fin!

Feliz íbamos con mi abuelito ya casi al llegar le suelto la mano y me pongo a correr con mi muñeca que nunca solté y llevaba abrazada muy cerca del cuello, hasta que me tropecé y caí. La muñeca salió volando y alcanzó a rozarme y cortarme el labio, grité como un verraco, saltó sangre y mi abuelo corrió a levantarme del suelo. Salió mi madre que también dio un grito de espanto.

No supe cuántas vueltas en el aire se dio mi muñeca antes de caer al suelo, solo vi mi chaleco volar, mi madre angustiada de verme con la cara sanguinolenta. Apresurada, salió en mi búsqueda y vio mi labio superior con mucha sangre y rajado, no lo pensó y salimos a buscar un taxi que nos llevaría a la Posta Central. Solo me acuerdo al llegar, cómo pasaban camilleros, cómo pasaban enfermeras cómo escuchaba gente quejándose, y yo asustada y contenida con mi mamá soportando con su mano un pañuelo en mis labios. Finalmente todo terminó, dos puntos me pusieron y a casa.

Al llegar mi papá nos esperaba. Me acordé de mi muñeca, sentí no tenerla más, ninguna iba a reemplazarla y nada sería lo mismo. Desde mi dormitorio aún escuchaba a mi madre muy enojada y preocupada diciendo "¡no vuelvas a tener un tarro nunca más, abierto en tus manos!

////////////////////////////////////